

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II  
NUM 56

40 Cents.

14 MARZO  
1926





# PINOCHO

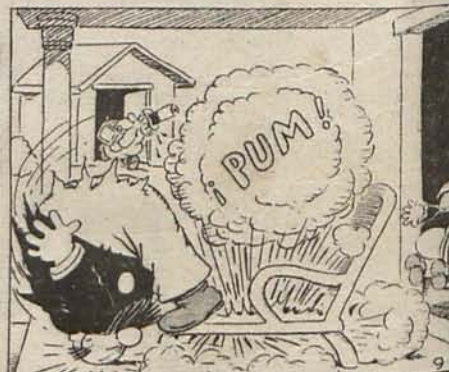
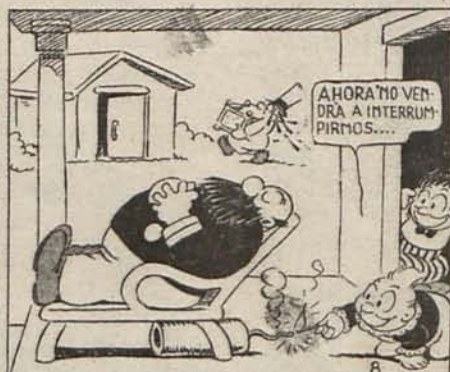
SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



COM ESOS PISAPAPELES QUE LES HE PUESTO NO PODRAN ESCAPARSE Y NO TENDRAN MAS REMEDIO QUE APRENDER UN POCO DE EDUCACION



## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton







# PINOCHO Y LOS DEPORTES



## Otro equipo en Guantánamo.

Se ha compuesto hoy un equipo de fútbol pinochista, llamado el «Unión Currinche», compuesto por Lilo Branel; Marianito y Jacky; Morris, Bernardo Rodríguez y Coloma; Tito Creahy, Agustín Rodríguez, Manolo Lezano (capitán), Alberto Rafols y Carlos Amadeo.

Este Club es de segunda categoría y está protegido por el «Athletic Pinocho».

Se están haciendo aquí dos equipos infantiles para jugar contra el «Athletic Pinocho». Este Club está dispuesto a demostrar que no hay en Guantánamo más campeones que ellos.—PENALTY.

## Un nuevo equipo en Barcelona.

«Cataluña-Pinocho».

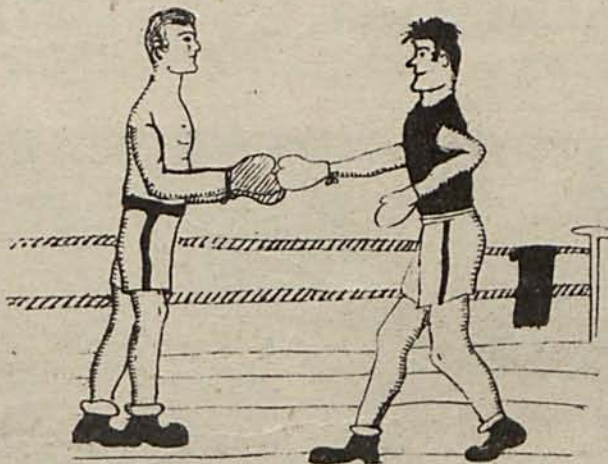
Con este simpatiquísimo nombre se ha formado en la ciudad condal un equipo «estupendo»—así lo llaman sus organizadores, y así lo creemos nosotros—, del cual damos los nombres de los pinochistas que lo constituyen:

Antonio Cardiel Mendoza, Pedro Puig, Rogelio Matas, Juan Alemany, Guillermo Roig, Juan Martín Méndez, Francisco Falces, Lorenzo Clemente, Antonio Domínguez Manzano, Antonio Blanco, Pedro Zurita, Domingo Alsina López y Francisco Bermúdez.

## Nuestros colaboradores.

La aviación.

¿Puede considerarse la aviación como un deporte? Yo dudo antes de darme una respuesta concluyente. Si la aviación puede considerarse así, es seguro que el aviador viene a ser el deportista que para lograr un triunfo arriesga su vida. Ningún deporte, en este caso, cobra un interés más dramático y fuerte. Veamos si no el hecho verdaderamente heroico de nuestros aviadores en el «raid» Palos-Buenos Aires. Han demostra-



EL SALUDO  
Apunte de Ignacio Ortiz.

do estos aviadores, primeramente, valor personal, admirado hoy día en todos los lugares del mundo, y después su pericia, su dominio en la técnica difícil de la aviación, la cual, como decíamos, se manifiesta como la más dura y dramática.

El automovilismo, al ser comparado con la aviación, queda en un visible carácter de inferioridad. Aquél se desarrolla en la tierra; ésta, en el cielo. Por donde viene a ser la aviación—en el caso de

poderla comparar, considerándola como deporte—, como el ejercicio donde el hombre pone a contribución todo su ser. Es, pues, una batalla, y en el «raid» antes citado, un duelo a muerte.

Nosotros no podemos considerar este ejercicio más que desde un punto de vista puramente deportivo, y ello quiere decir que tenemos que eludir en estas líneas la trascendencia que pueda tener la aviación una vez que el aeroplano se perfeccione definitivamente y nos ofrezca, por consiguiente, las mismas garantías que el auto y el ferrocarril, por ejemplo.

La aviación, para nosotros, es el arte de la navegación aérea, y, como tal, un ejercicio de mucha importancia. Para este ejercicio se precisa, primeramente, vista, sagacidad y los conocimientos mecánicos imprescindibles. Es, pues, acaso, desde este punto de vista, la actividad que precisa más prontitud y precisión en el manejo de la técnica y el arte—¿puede considerarse así?—, donde se arriesga más.—A. PEÑALVER.



# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buhó, si el trabajo constituye una necesidad para todos los seres vivos.

—Esta es una pregunta difícil. No precisamente porque el trabajo no lo considere yo, sobre todo en los hombres, como una necesidad, sino porque observo y veo que algunos animales, el camaleón, el lagarto, por ejemplo, no necesitan trabajar para nada.

—¿Estás en lo cierto?

—Creo que sí. El distintivo del hombre, de los seres humanos, es el trabajo. Fíjate, en cambio, en los animales inferiores. Cuanto más inferiores, menos necesidad de trabajo tienen.

—Pues convendría ser animal inferior.

—No digas eso, querido amigo, que me apenas. ¿Preferirías ser lagarto?

—De ningún modo.

—Además, no es cierto que los animales inferiores se hallen desprovistos, libres de la necesidad de trabajar. Cada ser viviente tiene sus trabajos, su necesidad de buscar su sustento, y esto, en los pájaros, en todos los animales, es una lucha y esfuerzo cotidianos. Lo cual quiere decir que no hay ser en la vida excluido del más mínimo esfuerzo.

—¿Y el hombre?

—En el hombre el trabajo no es sólo una necesidad, es, además,

una obligación. Así lo sienten todos los espíritus honrados y activos. El hombre experimenta necesidad de trabajar, aun cuando este trabajo no le haga falta para el sustento. El hombre es en este sentido un ser privilegiado. Así vemos, por ejemplo, a algunos individuos que han dedicado su vida plenamente a una obra grande, y que retirados al descanso en su vejez, sienten, sin embargo, el deseo de volver a su actividad, a los días esforzados, duros, del trabajo intenso.

—Pero también hay personas que no trabajan.

—No lo creas. En una u otra cosa, todos los hombres tienen sus ocupaciones, más o menos agradables.

—Pues no lo creía yo así.

—Así es, sin embargo.

—Y tú, buhó, ¿en qué trabajas?

—Hombre, en este momento, en darte esta espléndida conferencia.

—Muchas gracias. ¿Y después?

—Hombre, siempre hay que hacer algo, en esto o en lo otro, en buscar algo para comer...

—¿Y yo en qué trabajo?

—Pues ya lo ves: estudiando, preparándote para... trabajar seriamente cuando seas hombre.



# LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—¡Doctor! —exclamó en aquel momento Miguel, abandonando el remo.

—¿Qué hay? —dijo el señor Bandi.

—¿No veis unas sombras humanas que pasan y vuelven a pasar delante de aquella fogarata?

—¡Por un millón de merluzas! —dijo Vicente, poniéndose rápidamente de pie—. ¿Son sombras humanas?

El doctor cogió su telescopio y miró hacia la dirección indicada.

—¡Sí, allí hay hombres! —exclamó.

—¿Cuántos? —preguntaron los pescadores.

—Dos.

—¿No podéis distinguir sus facciones?

—Es imposible, porque nos vuelven las espaldas y están muy lejos.

—¿Será uno de ellos el perro de Simón? ¡Mirad bien, doctor! —dijo Vicente.

—Ya no los veo.

—¿Se habrán marchado?

—Puede ser que estén tras algún ángulo rocoso que no ilumine la llama.

—Tenemos que intentar cogerlos por sorpresa, doctor.

—Así lo haremos; apagad las linternas.

—¿Para qué, doctor?

—Son muy visibles en medio de esta oscuridad, y si esos hombres las ven, huirán.

Vicente las apagó de dos fuertes sopos.

—¡Adelante! —ordenó, agarrándose al remo—. Ahora sabremos con quiénes tenemos que vernos las caras.

## CAPITULO XIII

### EL MANANTIAL DE FUEGO

Al impulso poderoso de los cuatro remos la canoa se acercaba rápidamente a la embocadura de la galería, no quedándose ya ninguna duda de que era aquél el túnel del capitán Gottardi.

A la luz de la gran llama que se extendía en forma de abanico, disipando las tinieblas en un espacio vastísimo, pudieron distinguir el doctor y sus compañeros, con bastante claridad, las primeras bóvedas del canal. La gran caverna no sólo se estrechaba por aquel lado, sino que rebajaba sus bóvedas. Ya podían ver las dos orillas del lago cuando la llama se avivaba por mayor afluencia de gas.

En cambio, los dos hombres que poco antes habían visto moviéndose ante la llama habían desaparecido. El doctor había escudriñado atentamente con su anteojito, pero con éxito negativo.

¿Estarían escondidos en los alrededores o habrían continuado precipitadamente la marcha, temiendo que les alcanzasen?

Probablemente habían descubierto las linternas de la canoa antes de que al doctor se le ocurriera apagarlas e intentaban evitar el encuentro.

¿Por qué razón? Eso es lo que se preguntaba el doctor.

—Si fuesen exploradores, como nosotros, se habrían apresurado a venir a nuestro encuentro, para continuar el viaje en nuestra compañía —dijo el señor Bandi a Vicente.

—Entonces, nadie puede ser sino ese perro de Simón —repuso el pescador.

—El sólo no, pues viene con el otro hombre.

—Habrá encontrado algún otro compañero, al que ha debido prometer enormes riquezas y tesoros.

—Yo también comienzo a creer que sea el esclavo. Sólo él conocía la existencia de este canal.

—¿Y qué motivos puede tener para huir de nosotros?

—Quizá el temor de que vayamos a quitarles el tesoro... —dijo Miguel.

—O también puede ser que tema nuestra cólera —insinuó Vicente.

—O acaso lo uno y lo otro —dijo el doctor—. Estemos en guardia, porque mucho me temo que esos hombres nos jueguen alguna mala partida.

—Hay que temer cualquier traición, doctor —dijo Vicente—. ¡Eh, Miguel! ¡Mucho cuidado al avanzar, mucha prudencia!

La canoa había llegado en aquel momento a unos doscientos metros del canal. Aquella luz no estaba situada en el interior del canal, como se habían figurado, sino a un extremo del lago.

Salía de un montón de enormes rocas en forma de cono, a modo de un volcán pequeño.

Era un verdadero surtidor de fuego, cuya llama salía con fuerza enorme, zumbando y produciendo detonaciones.

A su alrededor se notaba un olor muy pronunciado a hidrógeno, y las llamas se encendían a veces en el aire, apagándose en seguida.

Los cuatro exploradores detuvieron la canoa tras el saliente de una gran roca que proyectaba extensa sombra sobre las aguas, y desde allí espionaron ansiosamente los alrededores, con la esperanza de sorprender a aquellos dos individuos.

—No se ve absolutamente a nadie —dijo Vicente al cabo de un rato—. ¿Se habrán alejado de aquí?

—No creo que se hayan marchado. Pienso, por el contrario, que nos espían.

—¿Y su barco?

—No sé; lo habrán escondido en alguna ensenada.

—Desembarquemos y vamos a registrar estos alrededores.

—Sí, pero no olvidemos nuestros revólveres, pues esa es gente de cuidado; sólo por el mero hecho de esconderse.

—Que se quede uno para custodiar nuestra canoa.

—Yo me quedo —dijo Miguel—. Al primero que intente acercarse, le descerrajo un tiro.

El doctor, Vicente y Roberto, después de haberse armado,

desembarcaron y escuchando atentamente se subieron sobre las rocas para dirigirse despacio hacia la fuente de fuego.

La playa quedaba profusamente iluminada por la gran llama que salía del volcán, en forma que cualquier cosa que hubiera en ella se veía perfectamente; pero las rocas, que eran altísimas y numerosas, proyectaban tras ellos grandes sombras que hubieran podido esconder aunque fuese a un elefante.

Los tres exploradores, en vez de dirigirse directamente hacia la fuente de fuego, dieron la vuelta, visitando los lugares que quedaban en sombra, las grietas, los rincones, los montones de rocas, todos los sitios que podían haber servido de escondite.

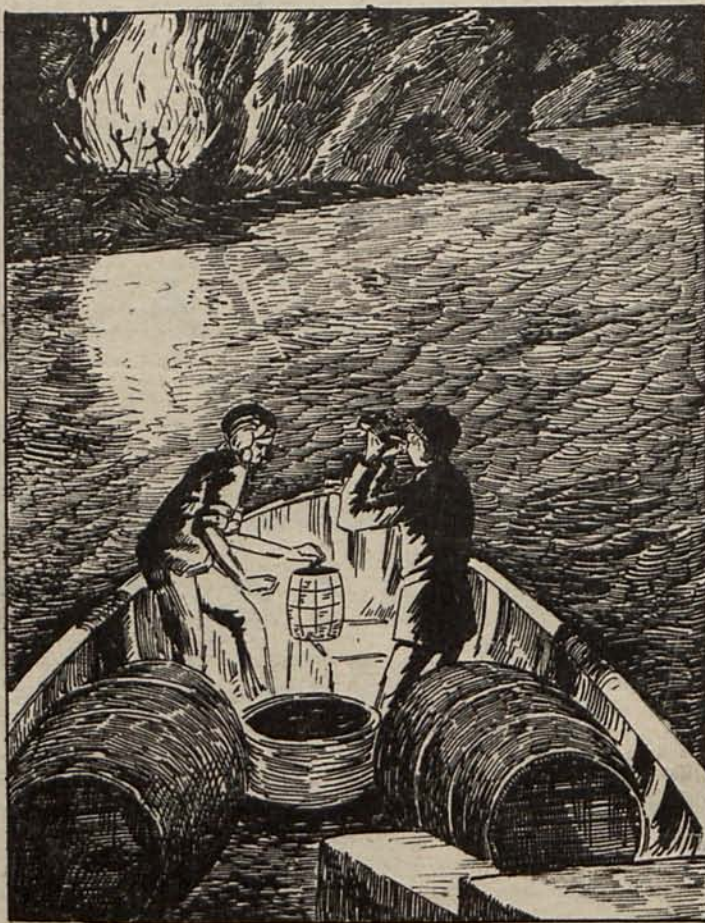
Pero sus investigaciones no dieron resultado. No vieron huella ninguna de aquellos hombres que vislumbraron ante la llama.

—Deben haberse marchado —dijo el doctor deteniéndose—. Si se hubieran quedado aquí, los habríamos encontrado.

—Esos canallas se han dado cuenta de nuestra presencia —dijo Vicente.

—Y se habrán dado prisa para penetrar en el canal.

(Continuará en el número próximo.)







# EL CALIFA LADRON

## CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Sin pérdida de tiempo se desparramaron por todos los barrios de la ciudad, extendiendo la estúpida noticia de que un jefe de ladrones del desierto había desposado a la encantadora hija de Omajair, y esto se había verificado aquel mismo día en el corazón de Bagdad, sin misterio, sin preocupación alguna; la casa estaba llena de riquezas, en ella se encontrarían los despojos de diez caravanas...

\*\*\*

El joven comerciante a quien Omajair había propuesto la boda de su hija y que no había aceptado, al saber la noticia, se molestó de verse vencido, y por un capitán de bandoleros, y premeditó perder a su rival. Pensó ver al jefe de la policía y denunciarle el caso; testigos que lo apoyaran, no habían de faltarle; el ladrón sería apresado y ahorcado sin necesidad de proceso; el denunciante tendría parte en los bienes confiscados... E incitado por la rabia y la avaricia puso en práctica su plan. Visitó al jefe de la policía y tuvo muy buen cuidado de abrirle los ojos, deslumbrándole con el cuadro de las inmensas riquezas que el supuesto ladrón había tenido la imprudencia de acumular en la casa de Omajair, y, por si fuera poco, principió por sobornar al juez.

Este funcionario, hombre muy interesado, aceptó el dinero que le daban, escuchó con aparente calma el relato que le hacían, se tomó tiempo para reflexionar, y, con todo el aire de gravedad que convenía a su alto cargo, le dijo:

—Márchate a tu casa, no son ahora más que las ocho; vuelve a las diez, es la hora de cenar y el momento más favorable para sorprender al ladrón. Yo lo haré aprisionar, encadenar y ahorcar. Pero es necesario que nadie, absolutamente nadie, se entere.

El comerciante se retiró y volvió a la hora indicada. El jefe de la policía había reunido trescientos esbirros, y montó a caballo dirigiéndose, precedido por el delator, a casa de la vieja. Adonde llegaron sin encontrar a nadie en el camino, porque todo el mundo se había retirado a dormir. Los guardias rodearon la casa, donde la madre y la hija estaban sentadas tranquilamente en habitación iluminada por innumerables luces colocadas en candelabros de oro, esperando la llegada de su nuevo esposo; de pronto oyeron ruido. Omajair miró por una ventana del patio, y, al reflejo de un gran número de antorchas, reconoció al jefe de la policía, rodeado de sus oficiales y por una nutrida escolta.

Llamaron a la puerta y los esbirros, redoblados; pero la vieja se guardó bien de abrir; los golpes eran cada vez más precipitados y más fuertes; ella, que los daba, repiqueteando como si fuera con un mazo, se llamaba Chamama; jamás un juez avaro y corrupto hubiera podido escoger mejor ministro. Esta especie de demonio encarnado se daba por padre a Satán y por hermano al diablo Camas.

—Derribemos la puerta —gritaba este energúmeno— puesto que no nos quieren abrir; corremos el riesgo de que los tesoros aquí almacenados se nos escapen; mientras hacen resistencia, tal vez los están enterrando, y luego no podremos hallarlos. Además, puede pasar una ronda de oficiales superiores, se acercarán aquí, atraídos por el tumulto, y tendremos que partir con ellos las ganancias. La puerta es resistente; pero hay que enviar a buscar palancas y obrar sin pérdida de tiempo, si queremos que nada se nos escape.

Esta brusca ejecución cuadraba bien con la tendencia interior del jefe; pero tenía de segundo jefe a un oficial llamado Hasán, de temperamento suave, benévolo, caritativo y hasta dispuesto a ponerse de parte de los desgraciados.

—El consejo de Chamama —dijo este oficial al jefe— es peligroso. La casa que se quiere violentar nunca ha estado tachada como sospechosa de ser guarida de ladrones; ¿no puede suceder que este joven comerciante, cegado por la pasión, haya hecho una denuncia falsa? Si tal sucediera, ¿a qué nos expondríamos por haber violado la morada de dos

mujeres indefensas, que están bajo la protección expresa de la ley? ¿Y precisamente nosotros, que debemos dar cuenta de nuestras acciones al Príncipe de los Creyentes?

Omajair escuchaba, desde dentro, todos estos discursos y, dirigiéndose al aposento de su hija, exclamó:

—¡Estamos perdidas! La policía viene a buscar al ladrón y a detenerlo.

—No habrás la puerta, madre —contestó la joven—; tal vez Dios nos envíe auxilio para sacarnos de este atolladero en que nos encontramos.

Sin embargo, los de la policía seguían llamando a la puerta, cada vez más alborotados.

—¿Quién sois? —preguntó al fin la vieja—. ¿Por qué llamais con ese estrépito?

—Es el jefe de la policía —respondió con voz cavernosa el detestable Chamama—: abre, vieja infame, encubridora de ladrones. ¿No sabes a qué te expones si resistes?

—Aquí sólo estamos dos mujeres —replicó Omajair—: vosotros debéis conocer y respetar la ley. Nosotras ni podemos ni debemos abriros; vosotros no debéis entrar aquí.

—¡Ah, bruja! —gritó Chamama, echando espumarajos de rabia—. Abre la puerta o la echamos abajo, y después te quemaremos a ti y a tu hija.

Omajair no respondió ni a las amenazas ni a las invectivas, y volvió a reunirse con su hija.

—¿Lo ves —le dijo— como mis sospechas eran fundadas? ¿Está ahora claro que te has casado con un ladrón? ¡Haga el cielo que no venga por aquí esta noche! Si el jefe de la policía y sus secuaces lo cogen, lo harán descuartizar. ¡Ah, hija mía! Si viviera tu padre, si por lo menos tu hermano no hubiera caído en el infortunio, ¿nos hubiéramos visto obligadas a contraer una alianza que nos ha expuesto a ver nuestra casa asediada por el jefe de la policía y todos estos bribones que le siguen?

—¿Qué quieres, madre mía? —contestaba la joven—. Desde hace algún tiempo nos persigue la fatalidad del destino, que todo lo dirige. No nos queda más remedio que someternos; no nos atormentemos con inquietudes que nada pueden resolver.

En tanto que el jefe de policía y Chamama insistían pretendiendo que las mujeres les abrieran, y éstas se lamentaban de su situación, el Califa Harún Arraxid volvió a salir, disfrazado como antes, y se encaminó hacia casa de su esposa. El resplandor de las antorchas, el gentío que formaba el séquito del policía, rodeando la casa de Omajair, el sordo rumor que se escuchaba, le advirtieron que allí pasaba algo extraordinario. No tardó en reconocer al jefe de toda la tropa y en ver a su lado al joven comerciante, en cuya tienda había entrado la vieja por la mañana.

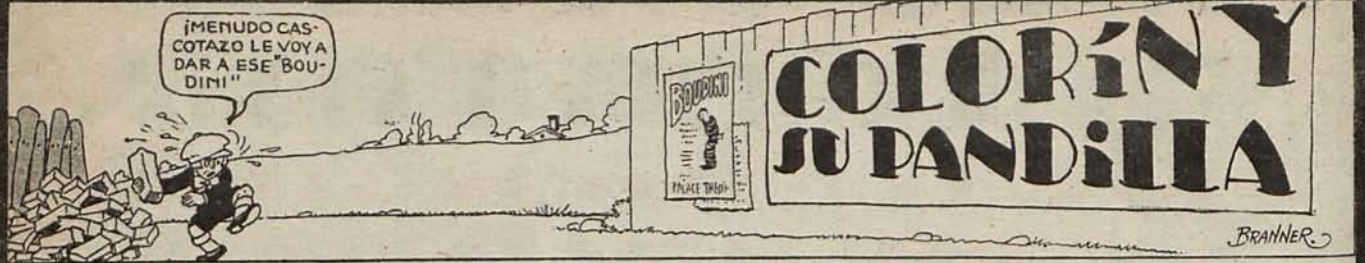
Chamama seguía golpeando la puerta, y a cada golpe acompañaba una horrible imprecación. Repetía las amenazas de la paliza, de los azotes, del fuego, por las cuales hasta entonces había intentado aterrar a las pobres mujeres, y ahora pedía la ayuda de palancas para derribar la puerta. Algunos del pelotón se disponían a emplear este medio, pero el segundo jefe, Hasán, les detuvo, diciendo:

—¡Camaradas! No cometamos esta violencia contra una casa en la cual sólo hay dos mujeres; el terror podría llegar hasta causarles la muerte. Por otra parte, ¿quién nos ha asegurado que el hombre que buscamos es un ladrón? Arriesgamos todos la vida, infringiendo la ley, y nos exponemos a cometer una gravísima injusticia.

—¡Vaya unos escrúpulos en un individuo de la justicia —gritó Chamama, burlón—; no eres a propósito para tu plaza, Hasán; los culpables y sus riquezas se te escaparán, mientras tú te pierdes en las sutilezas de la ley. Una mujer que entrega a su hija a un ladrón declarado, no debe gozar del privilegio de su sexo. ¿Y puedes dudar de que sea un bandido de profesión el hombre que venimos buscando, cuando lo atestiguan varios vecinos de la casa, a quienes se puede preguntar?

(Continuará en el número próximo.)







# LA CANCIÓN DE LAS BRUJAS

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Es Cucufate un honradote leñador, bastante bruto por cierto, que mantiene con su sudor lo mejor que puede a su mujer, a sus siete hijos y a su suegra, y no se dice que se mantiene él mismo, porque ya se supone.

Es el tal Cucufate el menor contribuyente de Valdepollinos; en su hogar nunca abunda el pan. En cambio, por ley de compensaciones, no escasea la leña.

Estos términos de pan y leña están allí tan estrechamente ligados, que no es raro en aquella casa que al que pide pan se le suministre leña, distraídamente o por tenerla más a mano.

El mismo Cucufate suele decir cuando pretende ser modelo de padres de familia:

—Mientras me cuelguen estos brazos podréis, a veces, no comer, pero lo que es leña no os faltará.

Era mucha verdad y todos sabían a qué atenerse.

Pero el que realmente en su casa llevaba la carga más pesada no era Cucufate, sino el burro.

El burro, al que por su conducta, seriedad y prendas de carácter, querían todos como si fuese de la familia.

Hasta el pan, si lo tuviesen, compartirían con él de buena gana, del mismo modo que le abrumaban de leña en sus dos significados.

Cucufate y el burro, o más exactamente, el burro y Cucufate (por el orden que solían caminar), salían de casa con el alba o al apuntar el alba, de la manera que queráis con tal que empiece a clarear el día.

Llegaban al bosque a media mañana, ni un minuto más ni menos.

A media tarde en punto daban la vuelta a la aldea.

Cucufate, sin tener reloj, nunca erraba en estos cálculos, porque no era rana y tenía la cabeza encima de los hombros.

Se conoce que de chico había ido a la escuela, pues aunque no supiese leer, ni falta que le hacía, según él, poseía, como veís, asombrosos conocimientos de cronometría, y además sabía de memoria los nombres de casi todos los días de la semana, utilísima cosa para los que rondan por los bosques, como muy pronto vais a ver.

\*\*\*

Una tarde Cucufate alteró sus costumbres.

Estuvo dando lachazos a los árboles hasta el anochecer; después amontonó los troncos, con cachaza; luego se limpió el sudor con la zurda, y finalmente, poco amigo de hablar a solas, se encaró al burro y le dijo:

—He estirado hoy la tarde, porque es sábado. Mañana, regularmente, será domingo, día en que se come y no se trabaja. Esperaremos a que la luna asome el morro a media noche (si no se entretiene en el camino) y arrearémosle hacia casa.

Calló Cucufate y respondióle el burro con un formidable rebuzno, intercalando en la respuesta tan recios resoplidos, que igual podían interpretarse por señales de aprobación como por indicios de protesta.

Oía maravillado Cucufate aquel chaparrón de notas tan diversas que atronaban el bosque y repetían los ecos más lejanos, y apuraba el ingenio para entender su significado, pues no podía transigir con que el lenguaje asnal tuviese secretos para él.

—¡Qué entendimiento el tuyo! —exclamó Cucufate entusiasmado—. ¡Y aún dice la gente que sólo os falta hablar a los animales! ¡Cuántos oradores te envidiarían esa voz!

Ya dispuestos a esperar la media noche, se arrimaron ambos irracionales a un árbol, que acertó a ser un alcornoque, llamado así seguramente por su limitada inteligencia.

No sé si durmieron o no; tampoco os voy a referir los sueños de Cucufate ni su burro. Os contaré lisa y llanamente lo que ocurrió aquella noche sin añadir ni quitar nada.

Es media noche.

La última campanada de las doce hubiese sonado en el reloj de la iglesia de Valdepollinos si sonasen los relojes de sol; pero como tampoco andan de noche, no conseguiríamos nada.

Al perderse en los aires el eco de la última imaginaria campanada se iluminó repentinamente el bosque.

En medio de él surgió una inmensa hoguera, sin duda por arte de encantamiento o de birlibirloque, y esparció por el bosque rojizos resplandores.

Entre sartas de chispas y ráfagas de humo, unos diablillos (acaso

botones del infierno) atizaban el fuego. Conoció Cucufate que debía de ser la leña verde, porque chisporroteaba alegremente.

Muchas horribles viejas desvergonzadas y chillonas saltaban en la hoguera.

Tenían la nariz ganchuda, cuya punta tocaba a la remangada barbilla, y al abrir las descomunales bocas, hasta las más agraciadas, mostraban un solitario diente amarillento.

Eran todas bigotudas; se anudaban las tocas en la frente, formando cuernecillos. Iban sucias, repugnantes, cubiertas de andrajos y encorvadas horriblemente.

Con estridentes chillidos expresaban su loca alegría, y al acercarse a los diablillos les pasaban con descoco la pierna por encima de la cabeza.

—¡Son las brujas! —murmuró Cucufate al verlas llegar por legiones, montadas en escobas, galopando frenéticas por los aires, haciéndose muecas repulsivas y riendo estrepitosamente hasta descoyuntarse.

Todas eran flacas, huesudas, sarmentosas, de ojillos escrutadores, pitarrosos, de rechinantes y destempladas voces, atrozmente desagradables.

Se perseguían en sus juegos endiablados tirándose tizones encendidos, mientras se requebraban con soeces insultos y denuestos jamás oídos.

Reunidas las brujas, sin faltar ni una a lista, gritaron con un sólo alarido.

—¡Ea! ¡A danzar! ¡A danzar!

Rodearon la hoguera cogidas de las manos y giraron vertiginosamente, cantando desacordes, con monótono tonillo:

Lunes y martes y miércoles, tres

Por largo rato, sin descansar un punto, el coro de brujas repitió infinitas veces la insupportable canción que a ellas les parecía de perlas:

Lunes y martes y miércoles, tres.

No había quien las sacara de ahí.

La canción no terminaba nunca.

Cucufate, que la sabía mucho mejor que ellas, no pudo callar más, y, sin desamparar el alcornoque, gritó a su vez para que lo apaciguaran las brujas:

Jueves y viernes y sábado, seis.







—¡Buen peso se quitó de encima!  
Las brujas callaron en seco.  
Después se preguntaron atónitas:  
—¿Quién ha dicho eso que suena tan bien?

Al instante descubrieron y rodearon las brujas a Cucufate.  
—Repíte eso que has cantado.  
Cucufate, sin hacerse rogar, entonó desgañitándose:

Lunes y martes y miércoles, tres;  
jueves y viernes y sábado, seis.

Las brujas quedaron pasmadas, le ovacionaron largamente, palmoteaban y echaban las piernas en alto.

—Es la cosa más chistosa del mundo. Hay que recompensar a Cucufate por la gracia que nos ha hecho.

A porfía le llenaron los bolsillos, las alforjas y hasta la albarda del burro de onzas peluconas.

—Ahora —le dijeron—, vete y no vuelvas a aparecer más por aquí.

Se oyó a la sazón cantar un gallo a lo lejos y desaparecieron las brujas como si la tierra se las hubiese tragado.

Asomaron poco después en el horizonte los cuernos de la Luna, y el ya ricachón Cucufate, despreciando los viles troncos apilados, se encaminó a su casa, bien repantigado en su burro cargado de dinero.

Al saberse en Valdepollinos la aventura de Cucufate y las riquezas adquiridas por mejorar el canto de las brujas, no se cansaron de felicitarle y zarandearle y le colmaron de agasajos.

Fue proclamado héroe de la aldea; le pasearon en triunfo por los corrales; se organizaron comilonas en su honor, hubo quien propuso retratarle y acordó el Ayuntamiento solicitar del Gobierno para don Cucufate (así empezaban a llamarle), una condecoración, en esta ocasión sobradamente merecida.

Entre tan acertadas iniciativas padecieron un olvido imperdonable: el pobre burro no participó, ni en lo más mínimo, de los honores prodigados a su amo. Gracias a que el filosófico animal se consoló fácilmente de tan inicuo proceder.

\*\*\*

Bien habréis oído decir que en la tierra no puede existir el mérito sin envidiosos.

Cucufate, como todos los grandes hombres, tuvo también su imitador.

Un envidioso de su gloria y de sus cuartos que quiso enmendarle la plana.

Fue un tal Ciriaco, sacristán de Valdepollinos, que con su estúpida vozarrón hacía temblar las maderas carcomidas del coro.

Al tal Ciriaco se le ocurrió la necia idea de que la obra maestra de Cucufate no era perfecta, pues le faltaba un día a la canción de los días de la semana.

La falta, según él, no tenía perdón, ya que el domingo es el día principal y más solemne de todos.

Seguro del gran éxito que le esperaba por tan feliz descubrimiento, quiso probar fortuna.

Pidió prestados un burro y grandes sacas, y, con el sigilo necesario para que no se malograra la empresa, el sábado siguiente aguardó escondido en el bosque a que las brujas celebraran el baile de media noche.

Con su proverbial exactitud, las brujas se entre-

garon a sus danzas y entonaron, desafinando infernalmente, la canción consabida:

Lunes y martes y miércoles, tres;  
jueves y viernes y sábado, seis.

Gritó entonces Ciriaco con su voz estentórea de chantre:

Y domingo, siete.

Las brujas enmudecieron de estupor.

—¿Quién ha dicho eso que suena tan mal?

Escudriñaron por allí y toparon con Ciriaco.

Suspendieron la danza y arremetieron furiosas al sacristán.

No hubo piedad para él. Le acribillaron a pellizcos, le majaron a escobazos, le arañaron sañudamente, le aturdieron a ultrajes y chillidos, lo patearon, lo arrastraron, le gastaron bromas sumamente pesadas y de mal gusto.

No puede decirse los horrores que soportó el cuitado.

Tampoco el burro se libró de las torturas; las brujas, tras de molerlo a golpes, le chamuscaron la piel a tizonazos.

Cuando cantó el gallo y se fueron las brujas, ni Ciriaco ni el burro pudieron tenerse en pie.

Con hartas fatigas, al ser de día montó el uno sobre el otro y trataron de volver a casa.

El burro, con los huesos doloridos, apenas podía dar un paso, y Ciriaco, de tanto en tanto, le decía para animarle, con voz lastimera que parecía un gemido:

—¡Arre, borricol...

A cada tropezón se detenía el desgraciado jumento, sin hacer caso de los quejumbrosos arres de Ciriaco; con lo cual el camino se hizo interminable.

Medio muertos llegaron a la aldea. A Ciriaco hubo que ponerle a caldo durante mucho tiempo.

Para alivio de males, convinieron los de Valdepollinos en que el apabullamiento le estuvo bien merecido al sacristán, por codicioso y pedante.

Ciriaco repetía amargamente que vale más caer en gracia que ser graciosito.

\*\*\*

Si alguno de vosotros preguntase si aún hay brujas en el mundo, le diré que las habrá mientras queden gentes supersticiosas.

Lo peor es que el vulgo suele llamar brujas a las mujeres muy viejas y muy pobres.

Estos seres son precisamente los que les merecen más respeto, simpatía o conmiseración a los niños de nobles sentimientos.

FIN

## EL GRAN SORTEO DE LOS SUSCRITORES

Os recuerdo que para tomar parte en este inmenso sorteo (el mejor de todos los que he hecho hasta ahora), hay que suscribirse o renovar la suscripción por un año antes del 30 de marzo de 1926. Y os recuerdo que entre los cincuenta premios magníficos de este sorteo, os ofrezco un **Auto Citroen**, un **Pathe Baby** con muchas películas, una **magnífica máquina fotográfica**, etcétera. Los regalos de este sorteo valen en total varios miles de pesetas.





# HISTORIAS DE ANIMALES

## YO Y EL RATÓN

(Historia verídica.)

Le oí una noche, porque en la madera de mi armario hacía un ruido como de rascar cerillas contra el papel de lija de la caja. Me levanté y busqué. ¡Me creía yo que iba a encontrar el ratoncito!

Me harté de buscarlo y me volví a acostar. Pero aquel ruido, como si el ratón partiese nueces constantemente, me turbó todo el sueño.

Cuando me levanté, al día siguiente, pude ver el estrago que había hecho en mi traje gris, del que se comió las solapas de la americana, y en mis papeles, comiéndose los bordes de una novela en preparación.

Puse una ratonera, dos, tres, y como

si pusiera una postal del Monasterio

de Piedra. El ratón esquivaba las

ratoneras con singular arte y se-

guía comiéndose mis prendas

de vestir (¡pobres zapatos

de charol, que convirtió en

sandalías! ¡Pobre gorra a

cuadros, que sin visera

quedó inservible!) y con

mis papeles. (¡Aquel

cuento para niños que

se me comió, y que

era un cuento tan bo-

nitito!)

Yo no sabía qué

hacer. Me aconseja-

ron unos polvos y

otros productos ve-

nenosos para poner

en los rincones y que

el ratón viniese a co-

mer para morir después

entre horribles sufrimien-

tos. Pero el ratón olía a

la legua todo lo que le pu-

diera sentar mal al estóma-

go y redobló sus estragos en

el armario de mi ropa y de mis

papeles. (¡Aquella corbata de lu-

nares! ¡Aquel drama en tres actos!)

Un día me sorprendió la novedad de

que el ratón hubiera dejado su tarjeta de vi-

sita, con las siguientes líneas escritas:

«No se moleste en ponerme cepos, trampas y veneno,

porque estoy al cabo de la calle y me sé comer el tocino de

las ratoneras sin caer al agua y sin darle el gusto de verme

cogido a la mañana siguiente.»

Aquella tarjeta me indignó mucho; pero no dejé de reco-

nocer que, al fin y al cabo, era un buen medio de entrar en

negociaciones.

Puse este letrerito:

«Le ruego respete mi ropa y mis papeles, que no se han

metido en nada, y que me hacen verdadera falta.»

Aquella noche se oía rascar al ratón con más fuerza. Me

bizo el efecto de que garrapeaba sobre un papel las letras

de la contestación.

La contestación estaba, en efecto, a la mañana siguiente en

un lugar muy visible, junto a un verso carcomido y unos cal-

cetines agujereados.

Decía así:

«Comprenderá usted que algo tengo que comer...

No voy a alimentarme del aire como los camaleones.»

No dejé de reconocer que, en cierto modo, el ratón

era razonable.

Puse otro papel en mi armario:

«Comprendo perfectamente. Esta noche dejaré toci-

no dentro del armario y usted dejará en paz las cosas

que me pertenecen.

No obtuve respuesta; pero, al día siguiente, no esta-

ba el tocino, y la ropa y los papeles que me quedaban

permanecían incólumes.

Hasta unos días después no volví a tener noticias del ratón, que me escribió estas letras lacónicas:

«Aumente la ración.»

Tuve que poner más tocino por las noches.

Una semana más tarde tuve otra vez carta:

«Alterne con queso de bola.»

Accedí. Los lunes, miércoles y viernes, tocino. Los martes, jueves y sábados, queso de bola. Los domingos, mitad y mitad. Así marchábamos de perfecto acuerdo. Las cosas que yo guardaba en el armario gozaban de tranquilidad.

«Estoy harto de tocino y de queso. Póngome fiambres», me escribió un día.

No tuve más remedio que ceder y ponerle todas las noches un surtido variado, porque no le gustaba comer siempre lo mismo.

«Estoy harto de fiambres.

Me gustaría comer mariscos.

Mi paciencia había llegado a su límite. Para demostrárselo al ratón insolente no puse nada de comer en el armario.

El ratón no me contestó, pero me proporcionó la desagradable sorpresa de haber destrozado mi gabán de entretiempo y de haberse comido la parte más interesante de una novela de aventuras entre pieles rojas y cazadores de bisontes.

Tuve que poner mariscos en el armario si quería vivir libre de preocupaciones. Pero el ratón era cada día más exigente y exigía nuevas variaciones.

«Desearía comer faisán. He leído que es un plato excelente». Me gustaría comer ostras, de las que tengo los mejores in-

formes». «Nunca he comido foies-gras. Le estimaría mucho una terrine.»

Yo no podía seguir así. La alimentación de aquel ratón de mi armario llegaba a costarme un dinero que no tenía y pronto me vi rodeado de trampas y teniendo que esquivarlas como el ratón rehuía las suyas. Yo no sé qué sería peor, si quedarme sin ropa, sin obras completas y hasta sin armario o sostener aquel gasto exorbitante. Le puse una carta angustiosa:

«Así no podemos seguir. Gastamos demasiado.»

El ratón me contestó con indiferencia:

«Eso allá usted. Yo no me privo de nada. Mañana comería salmón ahumado con mucho gusto.»

Mi desesperación crecía por momentos. Menos mal que vi el cielo abierto el día que el ratón me escribió esta carta:

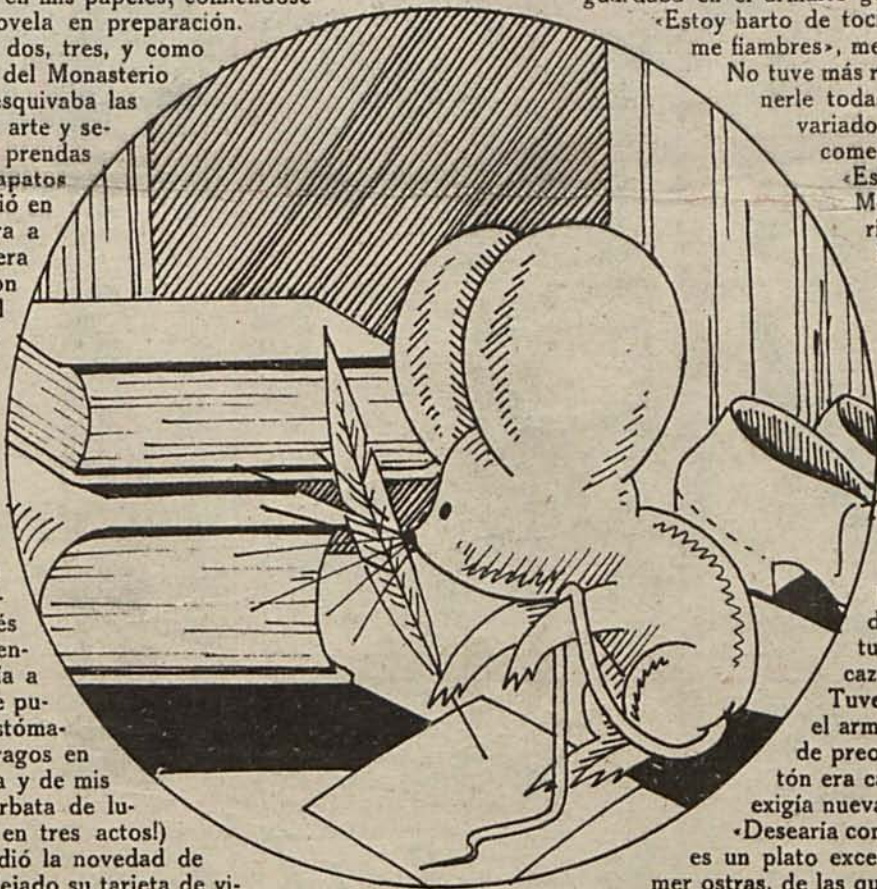
«Nunca he comido cavial de Rusia. Lo he visto en los escaparates de los mejores establecimientos, y me gustaría encontrarme esta noche con una latita. Mil gracias.»

Tuve una idea genial. Cogí una lata vacía de cavial y la llené de perdigones. Como el cavial se parece mucho a los perdigones y el ratón era un presumido, se comió todos los perdigones sin vacilar, pensando que aquel manjar era tan elegante que no podía dejar de gustarle a una persona exquisita como él.

Y con el estómago lleno de perdigones lo encontré muerto a la mañana siguiente, con la cola hecha un nudo.

Así me libré de él.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.







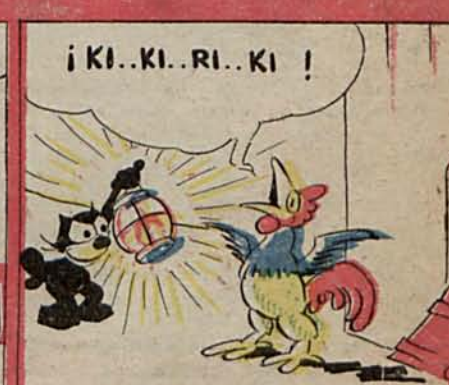
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# DACO MORRONGUÍ, EL GATO TRAVIESO





PROGRAMA  
PARA HOY

## EL MISTERIO DEL RIO

*Sensacional!*

# GRAN CINE



### «Tom al salvamento».

Por una carretera tranquila iba galopando un joven atlético y bien parecido, que vestía el uniforme de la Policía montada.

Era el oficial Tom Terry, que hacía la ronda montado en su hermoso caballo blanco.

Entre Tom y su compañero existía verdadera inteligencia. El *Avión* parecía comprender todo lo que su amo le decía.

En el momento en que le encontramos doblaban una curva en la carretera y aparecía ante sus ojos el puente que hay sobre el río Malva. Era un río pintoresco, con caudaloso cauce; las cataratas que había a unos trescientos metros producían un ruido imponente.

A pesar de estas cataratas podía navegarse por el río.

Por lo tanto, el policía no se sorprendió al ver un hombre en un barquichuelo, a trescientos metros de la catarata; pero de repente se dió cuenta de que el barquichuelo había pasado ya la ramificación del río que conducía por sitio seguro.

Tom hizo salir al *Avión* de la carretera y galopar a la orilla del río. A la vez que corría, desenrolló la cuerda que a prevención llevaba siempre en la silla, y se la arrojó al individuo que iba derecho a la muerte.

—¡Salta fuera, y nada hasta la cuerda! —vociferó.

Al oír la voz, el hombre del barquichuelo volvió la cabeza hacia Tom; era un joven delgado, con ojos bizcos; llevaba una expresión de temor insuperable; con voz temblorosa respondió:

—¡No me atrevo! ¡No sé nadar!

El policía se deslizó del caballo, y sosteniendo la cuerda en la mano izquierda por una punta la arrojó con la derecha con certera puntería. Pero, desgraciadamente, la corriente hizo girar a la embarcación en aquel momento.

El remolino que allí formaba el agua la hizo empinarse, y el dueño hubiera caído en el hoyo hirviente de la catarata de no haber tenido la suficiente serenidad para echar los brazos alrededor de uno de los postes.

Tom no perdía el tiempo; había arrastrado consigo la cuerda y la enrollaba para hacer otra intentona. Tomando cuidadosamente la puntería, hizo un lanzamiento espléndido; la cuerda se desplegó por el aire y el lazo del extremo enganchó el poste al cual se abrazaba el individuo aquel. En seguida ató el otro extremo a la silla del caballo y le hizo retroceder hasta que la cuerda estuvo tirante.

—¡Muy quieto, *Avión*! —dijo acariciándole; y volviéndose al náutico le gritó:

—¡Cógete a la cuerda y ven por ella!

Este miró la cuerda y meneó la cabeza. Tom comprendió que las fuerzas le abandonaban.

—¡Sostente ahí, que yo iré a buscarte! —volvió a gritarle.

Corrió hasta la orilla, agarróse a la cuerda y se deslizó colgando de ella con las piernas metidas en el agua hasta la rodilla.

Era más fácil salvarse dejándose arrastrar por el caballo a través del agua. Entonces sacó el lazo del poste y lo ató bien apretado a la cintura de aquel individuo; después se cogió él a la cuerda y le mandó soltarse del poste.

—¡Me voy a ahogar! —balbuceó el desconocido.

—¡No tengas miedo, hombre! Yo te llevaré sin peligro alguno.

Y gritó:

—Tira, *Avión*!... ¡Tira!

El caballo empezó a alejarse del río, y los dos hombres fueron arrastrados a través del agua.

A mitad de camino, Tom notó que el muchacho se hundía enteramente; no había duda de que se había desmayado; el policía lo levantó, y poniéndole sobre sus hombros le sostuvo la cabeza fuera del agua, llevándole así hasta la orilla. Le depositó sobre el césped y le quitó la cuerda. Entonces miró hacia la embarcación, pues recordaba que tenía dentro un maletín de cuero y se le ocurrió salvarlo. Se ató la cuerda alrededor del cuerpo y se metió en el agua otra vez, dejándose llevar por la corriente hasta el barquichuelo, que ya estaba medio volcado.

Asió el saco, y llamó al corcel para que tirase de nuevo.

¿Qué tendrá ese maletín dentro? —murmuró Tom en voz alta,

conforme se vió fuera del agua. El desmayado abrió los ojos, y se volvió para mirar a Tom con una expresión un poco maligna.

Este se arrodilló con intención de abrir el maletín; pero cerca del brazo derecho del muchacho había una rama desprendida de un árbol en la reciente galerna; extendió la mano para cogerla, y con un movimiento repentino la levantó y le dió con ella al policía en la cabeza.

Tom se inclinó hacia adelante y cayó sin sentido.

### Un descubrimiento extraño.

Cuando abrió Tom los ojos no sospechaba que había sido atacado precisamente por el individuo que acababa de salvar.

¿Qué motivos tendría para agredirme así y huir con el maletín? —pensó, poniéndose en pie; y después de quitarse la cuerda y enrollarla otra vez en la silla del *Avión*, notó que sobre la superficie del agua había algunas manchas de aceite. Al llegar al puente vió que al otro lado del río se hallaba una motocicleta, e indudablemente el aceite que flotaba en el agua procedía de ella.

Era un caso digno de examen. Tom pasó el puente, y una vez al otro lado del río bajó hasta la orilla para examinar la «moto». Antes de llegar a ella oyó un grito sofocado; salía de entre unas matas que había cerca; de un salto se plantó el policía junto a ellas, las separó, y encontró tirado a un joven, con gorra y gafas de motorista, atado y amordazado.

Tom le libró de las ligaduras.

—¿Qué le pasa? ¿Es de usted esa motocicleta que está tirada junto al río?

—Sí, señor; es mía. Supongo que ese pillo la habrá tirado al río, a ver si se me estropeaba. Me llamo Ernesto Brett y soy viajante de una joyería. Acaba de atracarme un hombre y de robarme un maletín que contenía una buena cantidad de joyas que llevaba.

—¿Cómo era el individuo ese?

—Era un muchacho delgado, con los ojos torcidos.

Tom tenía la seguridad de que era el mismo individuo que él había salvado, y

le explicó brevemente al motorista lo sucedido. Brett no salía de su asombro.

—Voy a ver si lo alcanzo —dijo Tom, saltando sobre el caballo—. Usted debe ir en tanto a Shefford y contar a la policía lo ocurrido.

Mientras cabalgaba, Tom iba pensando en qué habría hecho el ladrón en su huida.

Después de caminar otro medio kilómetro vió a cierta distancia un punto que se movía. Con los gemelos de campo observó. Efectivamente: era un hombre con un maletín. Espoleó al caballo.

El ladrón, al verse perseguido, emprendió una carrera desenfrenada, y Tom supuso que sería imposible alcanzarle antes de llegar a la estación. Oyó el silbido de la locomotora, y vió un tren salir del túnel y detenerse después en el andén. Cinco minutos más tarde llegaba Tom.

El tren estaba a punto de partir. El perseguido saltó a un estribo e intentó abrir una portezuela.

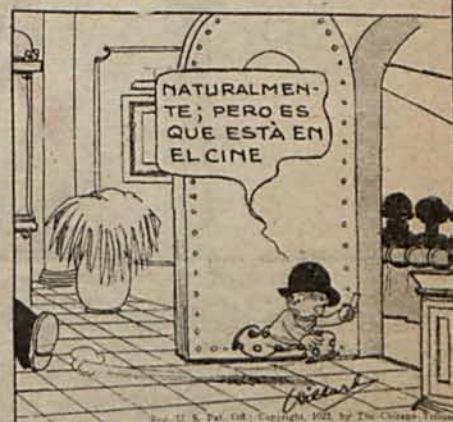
Tom llevó el caballo hasta la valla que separaba la estación de la carretera, y el *Avión* la saltó, llegando hasta la misma máquina; el ladrón abrió la portezuela para entrar, en el momento en que el vagón pasaba por delante de Tom; éste, entonces, se irguió sobre la silla, y cogiendo al fugitivo por la cintura lo puso encima del *Avión*.

Tom se apeó del caballo y puso las esposas en las muñecas del malhechor. Una ojeada al maletín fué suficiente para cerciorarse de que era el del joyero. El ladrón, viéndose descubierto, confesó su delito.

—Pues ahora ha de pasar mucho tiempo antes de que vuelvas a tener ocasión de tender lazos a nadie —le dijo Tom, entregándole bien maniatado a los policías de servicio en la estación.



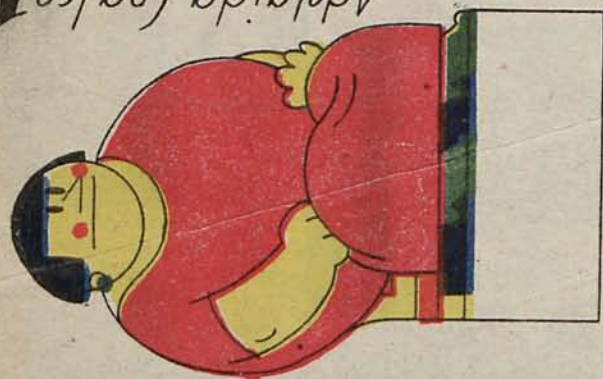




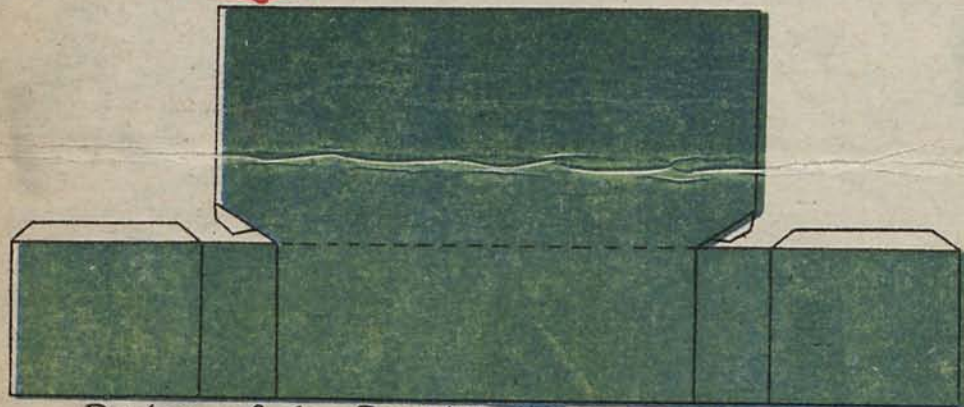


TELON DE GASA

Adelaida (palco 1)



Pitorro (palco 1)



Palco nº 1. Parte A.

Fig. H

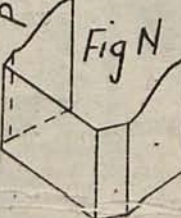


B →  
A →

palcos

El Palco completo

Fig. N



parte B.

Como se hacen los

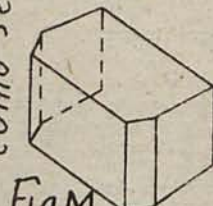
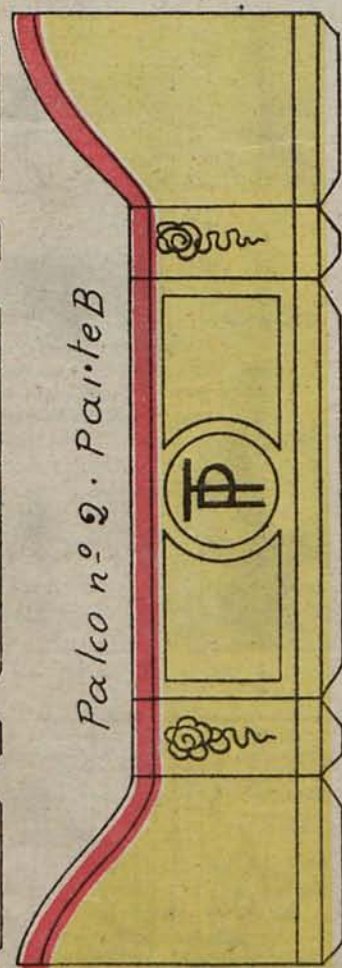


Fig. M

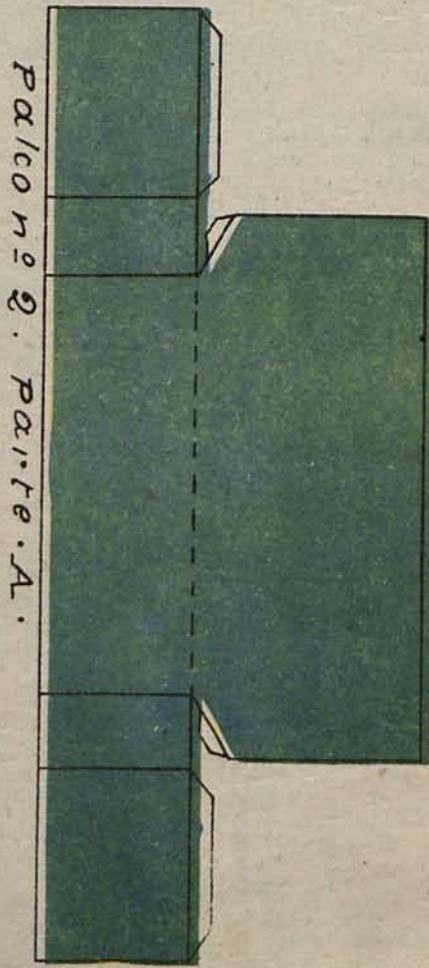
parte A.



Palco nº 1. Parte B



Palco nº 2. Parte B

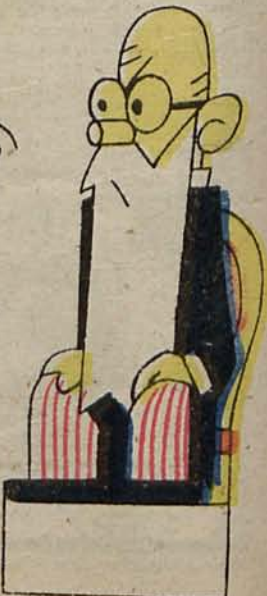


Palco nº 2. Parte A.

Sucrida Remigia (palco 2)



D. Polipasto (palco 2)



Una vez recortado el marco del telón primero del acto segundo, pegadle por detrás una gasa muy transparente, verde o azul, que servirá para hacer el fondo del mar del acto segundo de la obra Matarile, rile, rile.

Para hacer los palcos, dóblese la parte A y péguese hasta que quede como indica la figura M. Después doblad la parte B y pegadla encima de la parte A, como en la figura N, y quedará el palco como en la figura H.

Se colocan los abonados, y empieza la función.



# EL TEATRO DE PINOCHO

## LA CASA DE TURRÓN

CUENTO ESCENIFICADO EN TRES ACTOS

(Continuación.)

MICOM. Manolfa, amiga mía. Te vas olvidando de las cosas... ¿Tú no te acuerdas de que en estos casos lo que suelen hacer los niños es sacar una pata de pollo?

LOLÍN. (Aparte.) ¡Me han cogido!

LAVIEJA. Pues es verdad. ¡Ahora lo comprendo! ¡Ah, infame! ¿Conque te has estado burlando de mí tanto tiempo? ¡Pues vas a ver!

MICOM. ¡No hay más que ver a la muy pícara...! ¡Está reventando de gorda!

LAVIEJA. Pues no le va a valer. ¡Burlarse de mí de esta manera, y con un truco tan pasado de moda!... Ahora mismo la voy a convertir en gas. Tú misma lo vas a presenciar.

MICOM. Sí, sí. Con mucho gusto. Siempre me ha divertido esta operación.

LAVIEJA. Pues en un instante... ¡Rodrigo! ¡Rodrigo!...

LOLÍN. ¡Ay, Dios mío! ¡Me van a convertir en gas!

PINOCH. (Apareciendo.) Señora...

LAVIEJA. Enciende el horno grande...

PINOCH. Bien, señora.

LAVIEJA. Tráeme el cuchillo grande y la máquina de picar carne y la bomba aspirante.

PINOCH. Muy bien.

LAVIEJA. Voy a convertir en gas a tu amiguita. Resulta que me había estado engañando. Digo, tú lo sabías y, seguramente, estarías de acuerdo con ella.

PINOCH. (Asustado.) ¿Yo? ¿Yo? ¡Yo no, señora! ¡Yo no sé nada de lo de la pata de pollo!

LAVIEJA. ¿Lo ves? ¿Lo ves? Tú mismo te delatas. ¡Ya me la pagarás tú también!

PINOCH. Pero, señora, ¿yo qué he dicho?

LAVIEJA. Anda, anda a lo que te he mandado.

(Pinocho, al pasar cerca de Lolín, le dice):

PINOCH. No tengas miedo, Lolín. Voy a ver si se me ocurre la manera de arreglar esto.

LOLÍN. (A Pinocho.) Sobre todo, rompe todos los frascos que puedas ahí dentro.

PINOCH. ¿Para qué?

LOLÍN. Tú rompe, y ya verás lo que es bueno...

PINOCH. Bueno. (Se va.)

LAVIEJA. Tú me ayudarás, ¿no?

MICOM. ¿Cómo no? ¡Con mil amores!

LAVIEJA. Es una operación muy distraída. ¡Rodrigo! ¿Está ya el horno?

PINOCH. Va estando, señora...

LAVIEJA. No tienes más que prender una tea, porque ya está cargado de carbón y va a arder que va a dar gusto...

PINOCH. ¡Eso! ¡Eso!

LAVIEJA. ¿Qué dices?

PINOCH. ¡Que va a dar gustol!

(Se oye dentro un ruido estrepitoso de cristales rotos. Este ruido debéis hacerlo dejando caer al suelo varias hojas de cinz o de hojalata, porque no os aconsejamos romper cristales de verdad; acto que, sobre ser bastante costoso, puede ocasionaros algún accidente. En último caso, si queréis dar sensación perfecta, existen objetos para bromas que lo consiguen con bastante fidelidad. Lo importante es armar ruido y hacer notar al público que todos los frascos se han venido al suelo. Después del estrépito va creciendo un rumor de voces infantiles que llega a convertirse en un alegre griterío cuando los niños encantados entran en escena, ahora mucho más encantados que antes.)

LAVIEJA. ¡Válgame los cuernos del diablo verdel!

MICOM. ¿Qué ruido ha sido ese!

LAVIEJA. Mis frascos, sin duda. ¡Maldito muñeco! ¡Rodrigo! ¡Rodrigo! ¿Qué pasa?

PINOCH. (Dentro.) No ha sido nada. No se apure.

LAVIEJA. Pero, ¿esas voces?

PINOCH. (Dentro.) Son unos amigos que vienen de visita a darle a usted las buenas tardes.

(Irrumpe una verdadera manifestación infantil, dando gritos.)

NIÑOS. ¡A ella! ¡A la bruja maldita!

LAVIEJA. Perdida estoy...

MICOM. ¡Sí que la hemos hecho!

LAVIEJA. Esa niña de la jaula tiene la culpa...

NIÑOS. ¡A ella! ¡A ella! ¡Que pague todo lo malo que ha hecho!... ¡Y a su amiga también!

MICOM. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Si que he hecho una visital (Rodeando a las viejas y llevándoselas). ¡Al horno! ¡Al horno la infame! ¡Por habernos tenido metidos en frascos!... ¡Al horno! (Se las llevan). ¡Al horno las dos!

LOLÍN. ¡Ahora sácame de la jaula, y estamos salvados!

PINOCH. (Se acerca a la jaula y hace como que abre. Lolín sale). ¡De buena nos hemos librado!...

NIÑOS. (Dentro). ¡Que se quemel! ¡Que se quemel! (La vieja grita. La escena se ilumina de un resplandor rojo).

LOLÍN. ¿Y ahora?

PINOCH. Ahora a llevar a sus casas a los quince mil niños encantados... y después, a tu casa, con tu papá, que yo sé que te está esperando...

LOLÍN. ¿Y después?

PINOCH. Después, tú a ser feliz, y yo a ser muñeco.

LOLÍN. ¡Qué lástima! ¿Otra vez te estarás callado y quieto como antes?

PINOCH. Sí; pero si alguna vez corres peligro, como cuando te perdiste en el bosque, no tienes más que apretarme aquí, donde los niños tienen el corazón, y vendré como ahora, para salvarte, desde el país de mis hermanos los muñecos, donde ahora me marcho a seguir mis aventuras... Adelantándose a las candilejas.

(Y se acabó la función,  
de La Casa de Turrón)

TELÓN

□ □

## EXPLICACIONES

### PARA EL PRIMER ACTO:

Según veréis por el texto de la obra, en el acto primero hay un momento en que se mueven las ramas del bosque.

Para ello hay que recortar las dos ramas, M y M (primer telón), y añadirles unas tiras de cartulina del largo que convenga.

En los dos árboles hay unas líneas en blanco, señaladas por A y B. Esas líneas se recortan de modo que queden unas aberturas por donde se meten los extremos de las ramas M, y quedarán como ramas de los árboles.

En el momento oportuno no hay más que coger los extremos que sobresalgan por los lados D del telón y mover las ramas.

El telón que pone actos primero y segundo, es que sirve de fondo para los dos actos.

El el primero se tapa, poniéndole detrás el pequeño telón que pone telón A, y en el acto segundo se quita el pequeño telón A, para poder abrir la puerta y la ventana.

### PARA EL SEGUNDO ACTO:

Recórtense la puerta y la ventana por las líneas de trazos, o sea dejándolas unidas al resto de la casita por un solo lado (el lado de las visagras). Después, por detrás, y coincidiendo con la X marcada en la puerta y la ventana, les pegáis una tira de cartulina a cada una, y esas tiras, pasando por el telón, sirven para abrir (tirando) o cerrar (empujando) puerta y ventana.

### PARA EL TERCER ACTO:

Recórtense los espacios en blanco de la jaula, dejando sólo los barrotes, y colocando a Lolín detrás de ellos parecerá que está metida dentro.

El cocodrilo va sujeto y colocado como colgado del arco, en la forma en que está. No hay más que recortarlo respetando las líneas negras que figuran las cuerdas que lo sostienen colgado.

Para hacer la caída de la tarde colocad una lámpara sobre el teatro y poco a poco se va quitando luz con papeles o gases azules transparentes. El rayo de luna se puede hacer colocando ante la lámpara un papel azul oscuro con un agujerito que deje salir la luz.

Para hacer la luz del bosque se hace un agujerito en el pequeño telón A, y en el momento oportuno se pone detrás una luz cualquiera, incluso una cerilla.

## BAR CURRINCHE

Doblad los lados de la estantería o anaquelaría del bar por las líneas de trazos y hacia dentro, y haced lo mismo por las líneas de trazos del mostrador, pero hacia fuera, de modo que ambos queden en pie: el mostrador delante y la estantería detrás formando un espacio cerrado, dentro del cual estará colocado el barman CURRINCHE, al que no hay más que doblarle el trozo en blanco que lleva a los pies para que quede derecho haciendo su *cock-tail*.

El bar Currinche, como debéis saber, no es parte de ninguna función, sino que es el bar del teatro Pinocho.

Ya os iremos dando a DON TURULATO, jefe de la claqué; a DON PIRULÍ, que es el que vende bombones y caramelos en los entre-actos; al BARÓN DE LA CASTAÑA, director de la orquesta; a PIRULA, que vende las localidades; etc. etc.



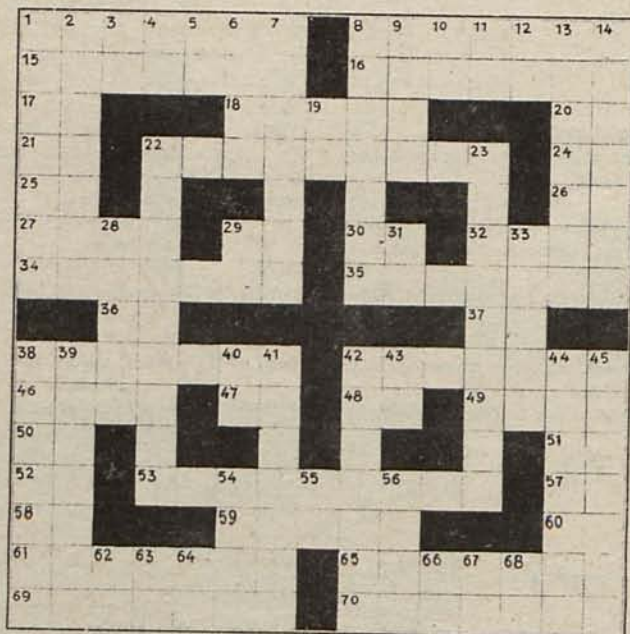
# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## INDICACIONES

### HORIZONTALES

1. Mujer masculina.—8. Lo usa la mujer.—15. Tiempo de verbo.—16. Bobería.—17. Contracción.—18. En el agua.—20. Acusativo.—21. Nota.—22. Abatanar.—24. En.—25. Arbol.—26. En la.—27. Prenda monjil.—29. Preposición.—30. Hiedra china.—32. Abad.—34. Cuesta dinero.—35. Descorazonado.—36. Nota.—37. Prefijo.—38. Golpea un tejido.—42. Para alfileres.—46. Faz.—47. Pronombre.—48. Interjección.—49. Tiempo de verbo.—50. Pronombre.—51. Acusativo.—52. En la.—53. Ciertos árboles.—57. Verbo.—58. Imperativo.—59. Insecto nocturno.—60. Negación.—61. Pueblo de Jaén.—65. Para guardar cosas.—69. Limpiamos.—70. Algún caballo lo es.

## PALABRAS CRUZADAS



## INDICACIONES

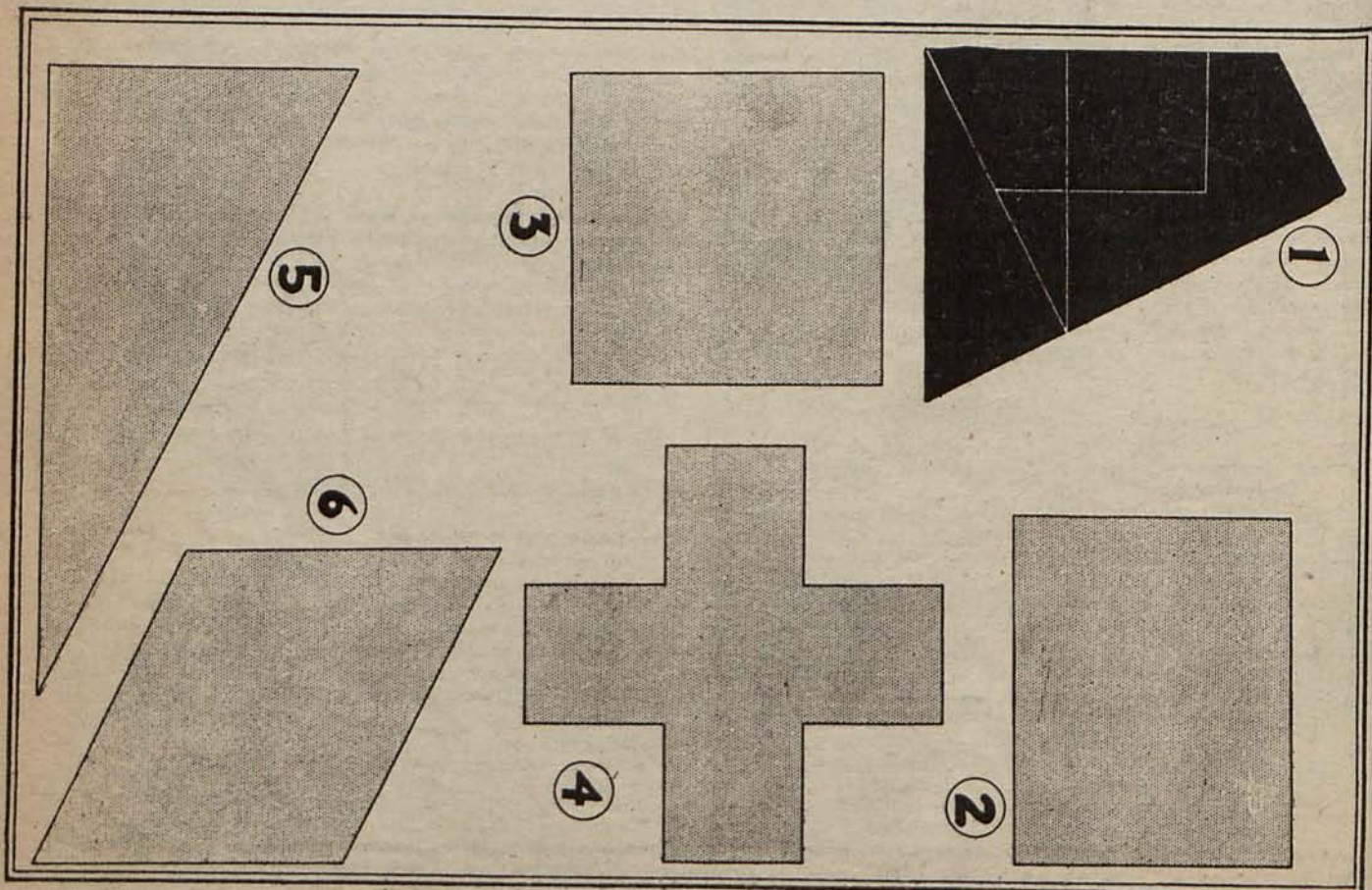
### VERTICALES

1. Máquina.—2. Para viajar.—3. Naípe.—4. Interjección.—5. Pronombre.—6. Apelativo cariñoso.—7. Maldición.—8. Cingulo pontificio.—9. Provincia de Abisinia.—10. Prefijo.—11. Conjunción.—12. Imperativo.—13. Idem.—14. Príncipe árabe del siglo III.—19. Golpe de tambor.—22. Ha bajado.—23. Para rezar.—28. Vigilar.—29. Existe.—31. Prefijo.—33. Beber.—38. Base orgánica cristalizante.—39. Fundados.—40. Negación.—41. Limpialos.—42. Juego.—43. Letra.—44. Andes.—45. Cuesta dinero.—54. Pueblo de Lugo sin n.—55. En la.—56. Licor con a.—62. Dos vocales.—63. Nota.—64. Preposición.—66. Tiempo de verbo.—67. Prefijo.—68. Voz grosera.

## ROMPECABEZAS COMPLICADO

No os podéis imaginar el enorme trabajo que nos ha costado a Pirulita Morronguis y a mí el confeccionar esta página de pasatiempos. Diréis vosotros: «¡Pero si esta semana no nos dan nada más que dos cosas!»

¡Sí, tenéis razón. ¡Pero qué dos cosas! Un palabras cruzadas bastante complicado, y este rompecabezas, que si os fijáis bien veréis que no es un rompecabezas, sino cuatro rompecabezas. Pero como nosotros somos así de espléndidos, os los damos todos juntos, y no uno a uno, como haría cualquier revistilla de esas que me imitan ahora, queridos amigos. Basta de conversación, y fijaos bien en lo que os voy a decir. Con las piezas negras marcadas en el número 1 tenéis que construir las figuras 2, 3, 4 y 5. ¿Veis qué sencillo?





# CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :-: HISTORIETAS :-: CHISTES ILUSTRADOS :-: CHISTES SIN ILUSTRAR :-: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

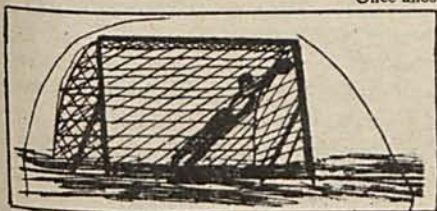


Una ostra y dos percebes.  
ANTONIO VEGA.  
Once años.

Los Pinochistas cuyos trabajos se publiquen en esta sección tendrán derecho a pedírnos diez ejemplares del número en que su trabajo aparezca al precio especial de 30 céntimos.



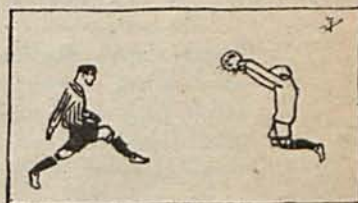
Paisaje.  
CARLOS VALLVE.  
Diez años.



Una parada de Zamora.  
JOSÉ M.ª CABEZAS.  
Catorce años.



Pinocho, de paseo.  
ALFREDO GUTIÉRREZ.  
Nueve años.



Una colosal parada.  
JUAN PRIETO.  
Doce años.



La casita blanca.  
MARÍA DONCEL.  
Doce años. Badajoz.



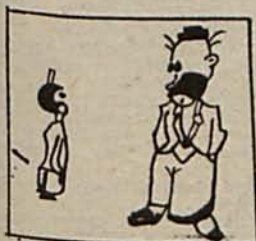
Pinocho entra en el colegio a las ocho.  
JOSÉ DONCEL.  
Ocho años. Badajoz.



La plaza de Oriente.  
LUIS ZAFATA.  
Madrid.



Pinocho en China.  
ANTONIO DE LA CRUZ.  
Nueve años. Las Palmas.



Curriñe y Don Turulato.  
AMPARO MARAS.  
Doce años. Escorial.

## Las desdichas de Raposete.

¡Menudo humor tenía Raposete aquella tarde! Toda la noche había pasado de corral en corral y de majada en majada sin poder sorprender ni un animal, ni una tierna ovejita. Con eso, Raposete, que siempre tuvo fama de comilón, y que en su casa nunca faltaban gallinas ni cabritos, cuando no un buen ternero, estaba fuera de sí. Raposin, su hijo pequeño, le decía:

—No te apures, papá; nos comeremos las plumas de la cama...

Pero Raposete era decidido.

—¡No, no y no! Ahora mismo salgo al campo y, o dejo de ser quien soy, o esta noche tendremos banquete opiparo. ¡Os lo juro! Doña Raposa se creyó en el deber de intervenir:

—¡Ten cuidado, maridito, que la gente del pueblo anda sobre tu pista!

Mas como era terco, Raposete se afiló las uñas, atusó los mostachos y salió.

—¡Esta noche repito que habrá para todos!

Pián, pián, pianito, escondiéndose en las cercas y matorrales para no ser advertido por los campesinos, llegó a un hermoso prado donde pastaba tranquilamente la señorita Jaca. Era una potrita blanca con manchitas negras en el lomo, muy gordita y muy lustrosita. Raposete se relamía por anticipado.

—¡Buenas tardes, Jaquita.

Al oírle, la potrita trató de huir; mas tenía las patitas amarradas.

—No te asustes —continuó Raposete—. ¡Menuda suerte te espera! Vas a tener el honor de ser comida por la familia más aristocrática de zorros.

—No, si no me asusto; es que sentiría que tus hijitos se ahogaran con un clavo que tengo metido en la patita derecha —respondió la Jaquita.

Raposete miró, pero no vió nada.

—¡Quitame primero la cuerda y lo verás, y lo verás —siguió la potrilla. Raposete hizolo así.

—¡Mira de nuevo!

Con que se bajó a mirar y, ¡cataplún!, le largó la señorita Jaca tal par de coces que le hizo salir por el aire hasta el fogón de su casa. Doña Raposa, Raposin y Raposina lanzaron sendos gritos.

—¿Qué es eso papaito? ¿Has venido en aeroplano?

Pero Raposete, así que se desaturó del tremendo golpe, y con un ojo a medio cerrar, le pareció una vergüenza confesar cómo había sido engañado por una señorita. Por eso, haciendo de tripas corazón, se atrevió a contarles:

—¿Sabéis? Cuando ya estaba delante de mi presa se levantó un viento tan fuerte, que me condujo como una bala.

—Pues aquí no se ha movido ni una hoja —advirtió Raposina.

Total, que el pobre señor tuvo que estarse unas horas en cama, hasta que llegó de nuevo la noche, y con ella tornó a abrirse el apetito.

—¡Ea! ¡Quitadme estas cataplasmas!

—Pero ¿vas a salir otra vez?

—¡Ya lo creo; como que tengo la barriga más hueca que un tambor! ¡Esta vez sí que va de veras!

Y no hubo medio de convencerle. Iba Raposete muy tranquilo por su camino, cuando de pronto le salió al encuentro el perro del tío Mariano, que ya andaba sobre su pista, y de cuatro mordiscos le quitó media oreja, le cascó una pata y le arañó todo el rabo. Fuese Raposete corriendo a su casa, y sin atreverse a decir nada se metió en la cama. Por la mañana, al abrir el ojo (porque el otro seguía cerrado por defunción), se vió rodeado de sus tres familiares, que le miraban llenos de infinita pena. Raposin fué el primero en hablar.

—¡Y decías papaito que iba a haber para todos!

A lo que Raposete replicó con voz desfallecida:

—¡Ya para todos hay, hijo mío! ¡Tu madre me cura la oreja; tu hermana, el rabito, y tú, la patita! ¿Ves cómo hay para todos?

CONCHITA ORIA.  
Laredo.



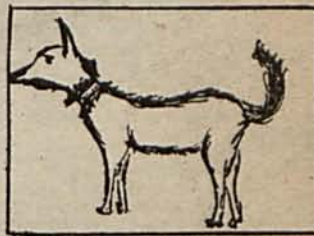
Un duelo.  
MANUEL DE GÓNGORA.  
Madrid.



Don Sol visita a Doña Luna.  
MANUEL NIETO.  
Madrid.



Una muñeca.  
M.ª TERESA BONAL.  
Trece años. Zaragoza.



Mi perrito.  
PEPITA LOIS.  
Doce años. Madrid.



Robustiana y Nicolás.  
J. L.  
Diez años. Alicante.

Para encuadernar los números de PINOCHO estamos preparando preciosas tapas para que los Pinochistas puedan conservar encuadernada la colección de PINOCHO. Pronto daremos más detalles.



# Regalos mensuales a los suscritores.

Todos los meses sorteamos exclusivamente entre nuestros suscritores los cinco premios siguientes:

- Primero. 25 pesetas en dinero efectivo.
- Segundo. 15 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
- Tercero. 10 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
- Cuarto. 5 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
- Quinto. 3 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.

LOS PREMIOS DE FEBRERO HAN CORRESPONDIDO A LOS PREMIOS DE MARZO HAN CORRESPONDIDO A

D. Gonzalo Arnáiz, Madrid, el primero.  
D. Luis Martínez, Bóveda (Álava), el segundo.  
D. Joaquín León del Pino, Málaga, el tercero.  
D. Anibal González, Sevilla, el cuarto.  
D. Manuel Guerrero, Madrid, el quinto.

la Srta. Nieves Montoya, Vitoria, el primero.  
D. Manuel Trujillano Arana, Bilbao, el segundo.  
D. Celso Barrutia, Cazorla, el tercero.  
D. Manuel Saavedra, Badajoz, el cuarto.  
la Srta. Sarita Alonso Pimentel, Valladolid, el quinto.

En el número 59 publicaré los nombres de los Pinochistas a quienes correspondan los premios de Abril.

# Regalos permanentes a los suscritores.

Todo Pinochista que se suscriba tiene derecho a pedir, al hacer su suscripción (tiene que ser en ese momento), los regalos siguientes:

## Si la suscripción es por un año

- 1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.
- 3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100.**

## Si la suscripción es por un semestre

- 1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100.**

Estos regalos pueden recogerse, **completamente gratis**, en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid. Quien desee recibirlos en su casa debe enviar 1,50 pesetas para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado.

Además, todos los suscritores, tanto de año como de semestre, tienen otras muchas ventajas constantes, tales como facilidades para la colaboración infantil, números para los sorteos de regalos y otros interesantes privilegios.

## CORRESPONDENCIA

Ignacio Ortiz. (Bilbao).—Tus cupones han llegado tarde, tan tarde que ya, aunque yo quisiera, es imposible incluirte en el sorteo. En cuanto a tus dibujos, que son piramidales, se publicarán.

Victoria Tacón. (Madrid).—Mi queridísima Victoria: Acabo de recibir tu admirable dibujo juntamente con tu carta. Aquel, como se merece, será publicado. En cuanto a tus proposiciones, no te quepa la menor duda. El día que menos lo piense me tienes ahí, en compañía de Pirula. Es posible que lleve también —¡te quieren tanto!— a Currinche, a don Turulato y a Paco Morronguis.

José López. (Madrid).—Tu «Plus-Ultra» merece el vuelo de mi entusiasmo. Se publicará, desde luego, lo más pronto posible.

Otto Vargas Gold. (Bilbao).—De contar con más tiempo, hubiera contestado a tu carta inmediatamente. No ha podido ser, sin embargo, porque mis muchas ocupaciones, ahora que he aumentado la familia, son imponentes. No recuerdo el dibujo de que me habías, lo cual quiere decir que no lo he recibido. No obstante, como tú eres un muchacho de una fecundidad magnífica —un Pinochista excepcional—, espero que me remitirás nuevas cosas, en la seguridad de que serán publicadas a la mayor brevedad posible. Ya te hice suscriptor de PINOCHO, como fué tu deseo, y creo estarás satisfecho por esta parte.

Rafael Díaz-Llanos y Lecuona. (Santa Cruz de Tenerife).—Querido Rafael: Creo en tu poder el cuento que te correspondió como premio. Con tu carta recibí tu magnífica fotografía, la cual conservaré toda la vida como recuerdo de uno de mis más queridos Pinochistas. A mí me gustaría mucho publicar aquella, pero es el caso que no acostumbro a hacerlo con los Pinochistas afortunados en las votaciones. Tú sabrás comprenderlo así y disculparme.

Conserva mi felicitación y la manifestación de mi cariño juntamente con las de Paco Morronguis, Cañamón, Potipán, Anita, Pirula, Currinche y don Turulato (¡ca si nadie!).

Antonio Barco Santos y Mariquita López Andrade. (Santiago).—Me llega vuestra

monísima carta, la cual me llena de inconcebible regocijo. ¿Cómo no he de alegrarme? Vuestros elogios tienen para mí un valor extraordinario, pues como conozco vuestro gusto, llevo a cerciorarme de que verdaderamente PINOCHO, vuestra revista, la mía y la vuestra, la de todos, es de un atractivo singular.

Recibí al mismo tiempo vuestros trabajos, y no tendré que decir cuánto me ha gustado el perrito de Mariquita y la casa de campo donde Antonio pasa los veranos. Todo ello, como es justo, se publicará.

Recuerdos de Paco Morronguis, abrazos de Pirula y Anita, y cariñosos saludos de Potipán, Cañamón, don Turulato y Currinche.

Mercedes, Buley y Cucha Rey (Habana).—He recibido la simpatísima carta de Mercedes, y como no quiero dejar de contestarla, lo hago aquí, como ella me pide, para decirle que todos sin excepción hemos experimentado una gran alegría al leer sus líneas. Paco Morronguis me pregunta a cada instante por Buby y Cañamón, por Cucha, Pirula es, como siempre, la inseparable amiguita de Mercedes. ¿Y Anita? Anita es de tan buen corazón, que viene a ser la amiguita de Mercedes, de Cucha y de Buby.

Vuestros trabajos saldrán a la mayor brevedad posible. ¡Son tan buenos!

Pedro Ansaldo López (Sevilla).—Tu león está bien, perfectamente bien. Pero como viene a lápiz...

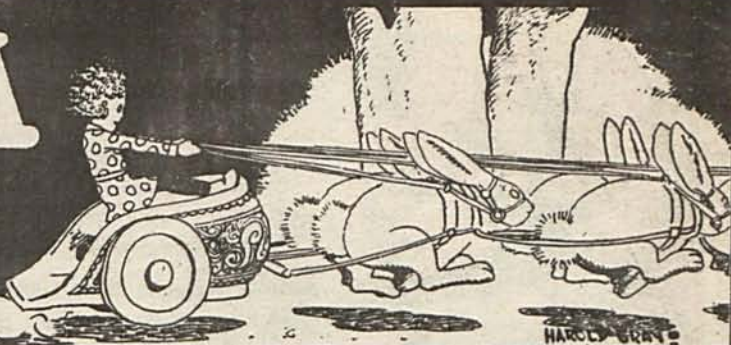
Juan Domínguez (Barcelona).—Es lástima que tu cuento sea tan largo. Así, aunque quisiera, no podría publicarlo, pues no habría lugar en la revista para tantos capítulos.

Luisa Marina Cantillo (Bilbao).—No necesito preguntarte. Todo lo que me envíes, siempre que llegue con su cupón correspondiente, saldrá en PINOCHO. Yo espero de ti grandes cosas. Tu carta, sólo leer tu carta me ha bastado para comprender hasta dónde puedes llegar, así en el dibujo como en la literatura. Tu letra te acredita en aquel arte, y la redacción de tu carta, tan simpática, tan atrayente, tan sugestiva, en el arte de Cervantes.

<b>PINOCHO</b>		<b>CONCURSOS</b>	
		<b>CUPÓN NUM. 56</b>	
El Pinochista D. ....			
de ..... años, y cuyas señas son .....			
remite un trabajo para los Concursos. Fecha .....			
(Si es suscriptor, poner el núm. ....)			
Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.—CONCURSOS PINOCHO.—Apartado 447.—Madrid.			



# ANITA BUEN- CORAZON



HAROLD GINN



¡CORRE, PELUCHO, APROVECHEMOS LA OCASIÓN!



ME PARECE QUE ESTA VEZ NOS HEMOS ESCAPADO SIN QUE NOS VEAN!



¿NO TE PARECE MUY MOLESTO QUE NOS SIGAN LOS CRIADOS A TODAS PARTES, PELUCHO? ¡A MI ME GUSTA MUCHO TENER CRIADOS, PERO TAMBIÉN ME GUSTA ESTAR SOLA DE VEZ EN CUANDO!



¡FIJATE, PELUCHO, QUE ESTANQUE MÁS BONITO! ¡ES CHQUITÍN, COMO NOSOTROS!



OYE ¿QUÉ TE PARECERÍA SI NOS BAÑÁSEMOS? ¡POR AQUÍ NO HAY NADIE QUE NOS PUEDA VER!



¡Y CON EL CALOR QUE HACE! ¡MENUDO GUSTITO NOS VA A DAR METERNOS EN EL AGUA!



¡ENTRO YO ANTES! ¡ENTRO YO ANTES!



¡BUENO, ESTO DE ESCAPARSE DE CASA Y ESTAR SOLITA, TRANQUILAMENTE, ES UNA COSA ESTUPENDA!



¡QUÉ TARDE DEBE DE SER YA! ¡MIRA, PELUCHO, SI YA CA- SI SE HA ESCONDIDO EL SOL!



ANDA, VAMOS A SECARNOS. ¡ME APUESTO CUALQUIER COSA A QUE LOS CRIADOS ESTARÁN COMO LOCOS BUSCÁNDONOS Y SIN ENCONTRARNOS! ¡QUÉ CHASCO!



AQUÍ NOS TIENE USTED, SEÑORITA ANITA. HACE YA MÁS DE UNA HORA QUE ESTAMOS AGUARDANDO QUE SALGA USTED DEL BAÑO

¡CARAMBA!





# SECCIÓN PIRULA

*Motivo para mantelería.*—Hasta hace poco nos creíamos que el adorno supremo en las ha-

bitaciones eran las flores. Verdad es que no lo hay más gracioso ni más agradable, con tal de sean flores naturales y no —según decía mi primera mamá— «verdaderas flores de papel o de trapo».

Pero hoy nos hemos ido dando cuenta de que además de las flores existe para los comedores un adorno admirable y oportunísimo, que son las frutas.

Y en muchos comedores aparecen, a modo de adorno, naranjas encendidas de color, manzanas a las que con un trapo se les saca brillo como si fueran suelos o zapatos de charol, plátanos maduros, uvas doradas, etc..., etc..., dispuestas en cacharros de porcelana o de cristal y llenando el ambiente con su esplendor oloroso.

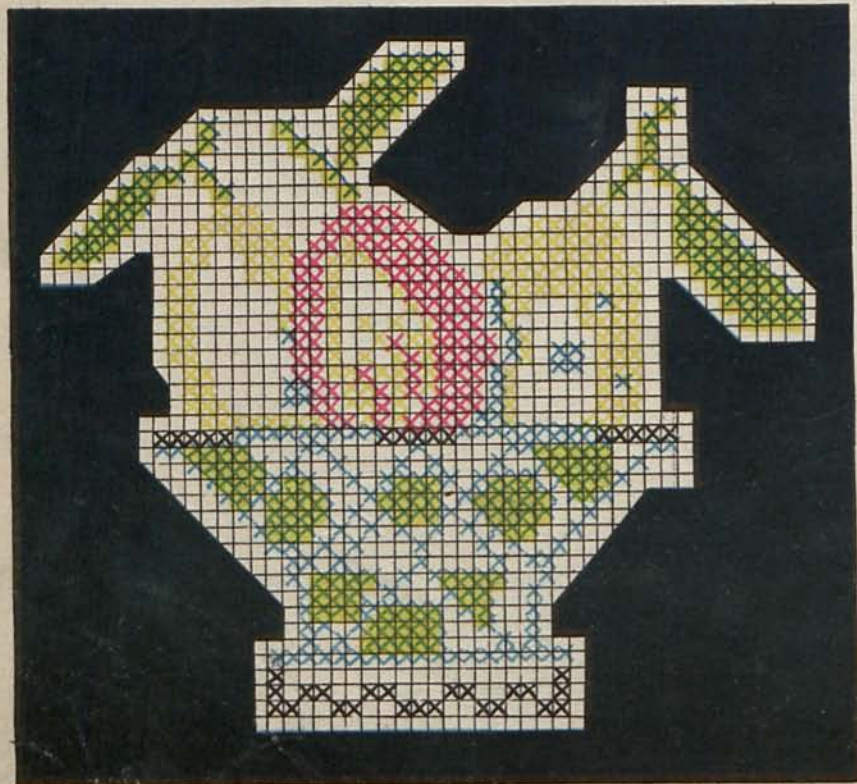
Oloroso y apetitoso, por supuesto. ¡Ah! y además sanísimo, pues como todos sabéis seguramente, las frutas son excelentes para la salud, hasta el punto de que muchas enfermedades se evitan o se curan comiendo unas frutas —principalmente naranjas— por la mañana en ayunas.

¡Qué medicina más rica! ¿verdad?

Por todas estas razones, al pensar: «¿Qué motivo dibujaría yo para que mis lectorcitas adornen con él una mantelería de desayuno, de campo o de comidas íntimas familiares?», se me ha ocurrido que ninguno había de ser más oportuno que el de unas frutas multicolores.

Bordaréis estos motivos en las cuatro esquinas del mantel.

Como veis, uno es para bordarlo a punto lanzado y el otro a punto de cruz; aparte de esto, y aunque son



distintos, el estilo de ambos viene a ser el mismo.

Los colores son, naturalmente, arbitrarios, pues no existen, que yo sepa, ni peras rojas, ni hojas medio verdes y medio azules. Lo esencial es que sean tonos fuertes, alegres o suavemente matizados. Los toques negros son muy convenientes para realzar el conjunto.

¡Ay! una cosa les falta a mis dos cestas de frutas, y es el olor.

A propósito de esto: ¿No os parece que estaría muy bien que las señoras mamás, en lugar de usar siempre esencias de rosa, de clavel, de violeta y de otras flores, fuesen esparciendo fragancia a fresas o a mandarinas, a albaricoques o a melón?

He ahí una idea original, una idea *pirulesca*, ¿no?